

que reemprender la obra de Antonelli lo antes posible. Consiguieron el beneplácito de Fernando VII; adoptaron el criterio de que este tipo de empresas habían de acometerse por particulares para obtener el mejor rendimiento («criterio anti-Renfe»), sin desechar la posible aportación de capital extranjero, y tras un nuevo reconocimiento del río desde el Puente Verde de Aranjuez hasta Lisboa, efectuado por el Arquitecto D. Agustín Marco Artu, consiguieron la aprobación del Gobierno de Portugal, firmándose un Tratado en 31 de Agosto de 1829, que otorgaba toda clase de facilidades a la navegación.

El proyecto coincidía sustancialmente con el de Briz y Simón, respetando 60 presas de las existentes, para escalar el río y disminuir el desnivel, dotándolas de compuertas. Utilizaría 40 barcos a vapor, con su remolque cada uno, capaces de transportar los 2.600.000 quintales de mercancías que se confiaba mover cada año, parte río arriba hasta Aranjuez y parte en sentido contrario, dotadas de máquinas de 20 CV, cuya estampa reproduce el Dr. Maraño en su obra «Elogio y nostalgia de Toledo».

(Continuará)

Me imagino la sorpresa, al leer el título, tanto del Director de la Revista como del posible lector. Pero tranquilicense, amigos. No voy a tratar de los que carecen de pan material. Quisiera divagar sobre la indigencia de gloria. La gloria. ¿Qué es la gloria? Tengo para mí que el ansia de alcanzarla es el motor que mueve al hombre a realizar obras gigantescas. Pues bien, de los que padecemos pobreza de gloria me sirvo para estas líneas.

Somos legión. Todo aquel que con una novela debajo del brazo va llamando angustiosamente a la puerta de los editores; el que día tras día intenta que ya que no se compren sus óleos, sus acuarelas, sean, al menos, conocidas de la crítica y del gran público; el que no logra ver cobrar vida a sus personajes en un escenario; los que hacen y ven morir esas «efímeras revistas de jóvenes que duran hasta que se van colocando —o casando— los que las fundaron», para decirlo con frase prestada por Unamuno. Y todavía más, mucho más.

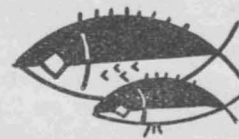
LOS POBRES

A nosotros, a los pobres, no falta quien, subido en su pedestal, nos desprecia. Nos escucha, quizá hasta nos sonríe. Para sus adentros piensa: «¡Pobre mentecato!». Y, sin embargo, los ricos lo son gracias a la indigencia. Si no hubiera en España cuatro o cinco mil personas aspirantes a disfrutar de la gloria literaria, ¿quién iba a leer a los consagrados?

Por otra parte, servimos de blanco muy bueno a la mesa. De chiflados nos motejan. No importa. La función del pobre artístico es imprescindible; mantenemos el clima de la cultura. Somos, como se dice ahora, la cantera. Los que llegan han pasado por nuestras filas, y las excepciones confirman la regla.

Pero el pobre nunca lo llega a ser total. Le queda, o nos queda, una riqueza: la esperanza. Porque en cuestiones artísticas nunca está dicha la última palabra. Los que hoy deslumbran, mañana palidecen. ¿Se puede aseverar quiénes serán los inmortales?

CARLOS H. BUSTAMANTE



REFLEJOS

Si la vida trae, por los sentidos, en su vertiginosa marcha actual, una multitud de ideas, es difícil escribir concretamente sobre un tema determinado. No hay tema que tratar por la superabundancia de ellos. Sigamos el ritmo del tiempo, y acomodemos nuestro paso a la intranscendencia de esta hora transcendente. Al fin y a la postre, hablar de que no hay asunto, ya es asunto. Por lo menos, para empezar.

No hay más que ver la prensa diaria. Doblar contra sencillo a que son muy escasos los desocupados que se leen un periódico íntegramente, como antes, cuando el sosiego y la calma del momento, permitían su lectura reposada y hasta la reflexión y su consecuencia, formando carácter. Esto, los desocupados, hoy. No digamos de aquellos que por su quehacer sólo se enteran de los acontecimientos del día, en visión cinematográfica, por los titu-

lares llamativos de las sucesivas informaciones. Bien es verdad, por otra parte, que al diario actual se le ha quedado aquel del que hablo, tan corto como al adolescente el traje cuando cuaja en hombre. Y es que el deporte estira y fortalece..

Pues ¿y la novela? De las narraciones cortas, verdaderos poemas algunas, de la generación de Baroja y Azorín, citemos como representativos españoles, a las ingentes páginas de las de los escritores nacionales y extranjeros —más de éstos que de aquéllos—, de esta hora, hay lo que de vibrar a marearse, lo que de no perder coma a eludir treinta hojas de las mismas... si queremos ser sinceros...

Y es que no puede ser. No estamos en tiempos propicios para el arte y la literatura, se diga lo que se quiera. No digamos para la Poesía, en época de «ismos» estridentes y de existencialistas... Las necesi-

dades materiales se suceden, sin respiro, robándonos la libertad, origen de la mala fe y semilla de la desconfianza ambiente. La radio-difusión y los teledirigidos, han reducido las distancias y achicado el globo. El cine —que en su mayoría Dios confunda— atropella nuestra receptividad, deformándola, como a un cuerpo un camión de alto tonelaje... Y es innegable que para enriquecer el espíritu, para nutrirle y exaltarlo, es necesaria la paz de fuera.. Yo, al inenos, siento su nostalgia.

Ante tanto impedimento interior y tantas exteriores sugerencias, ante tanta inquietud, en suma, del hombre de ahora frente al mundo, ¿tiene algo de extraordinario que no haya de qué escribir y haya tanto de qué hablar?...

Que esto sea, para humanidad, óptimo o desastroso, eso... ¡ya lo veremos!

«CARLOS ARICEL»

Toledo, 1959